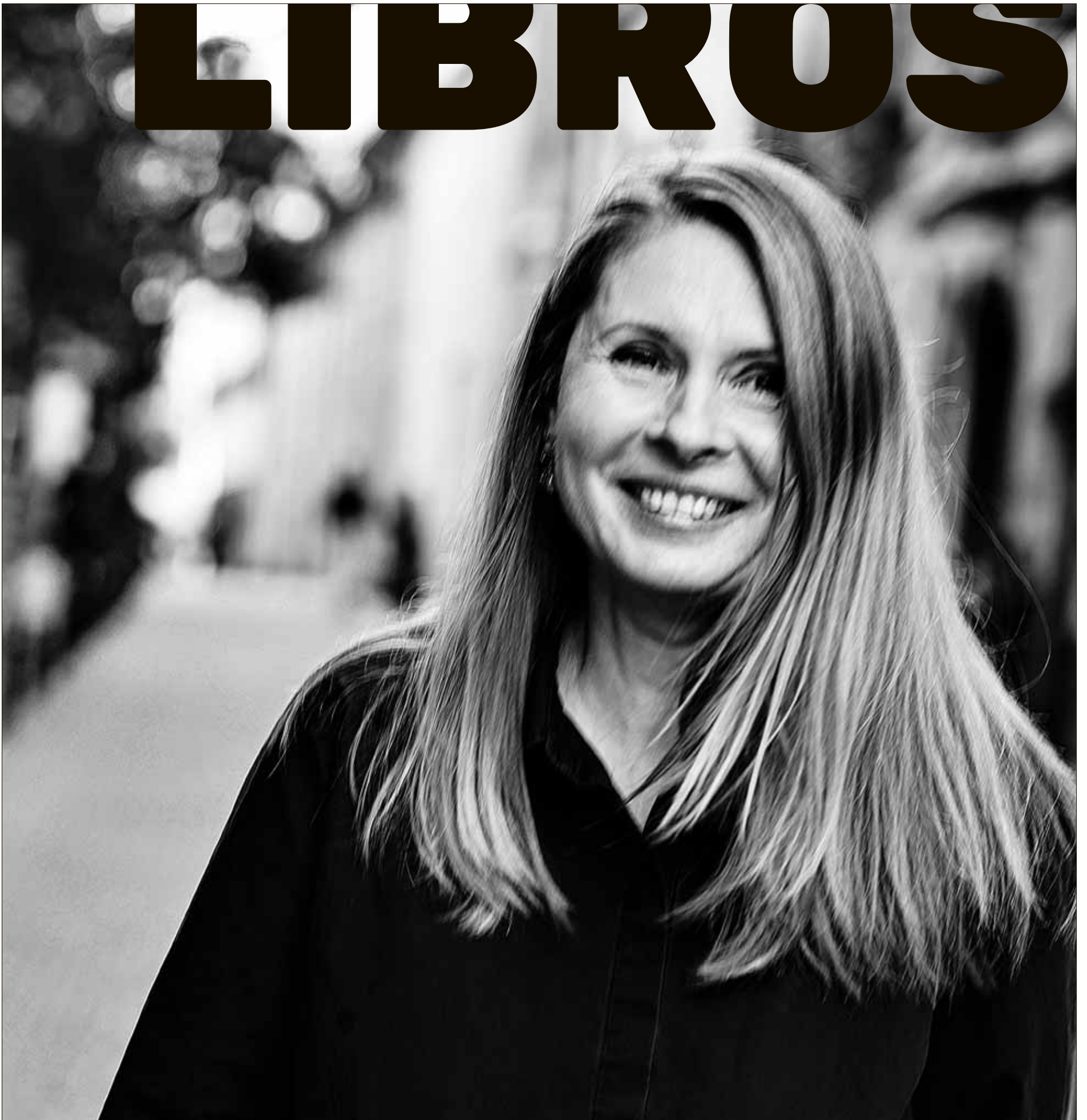


LIBROS



TATIANA ȚIBULEAC “LOS INMIGRANTES SON LO QUE SE LES PERMITE, NO LO QUE QUERRÍAN SER”

La moldava publica ‘Cuando seas feliz, golpea tú primero’, novela en la que a través de la relación entre un padre y una hija habla sobre el dolor, la culpa y el fracaso: “La felicidad es lo más frágil que tenemos”

Por **Andrés Seoane**. Fotografías de **Isabel Wagemann**

La felicidad, en determinadas partes del mundo, puede parecer una imprudencia. La escritora moldava Tatiana Țibuleac (Chișinău, 1978) lo aprendió de su padre, un hombre entregado a los ideales de su generación, a la identidad, a la lengua, a las luchas colectivas, pero no necesariamente a sí mismo y, desde luego, no a su familia. Cuando comenzó a escribir *Cuando seas feliz, golpea tú primero* (Impedimenta), antes de que él muriera, hablaron largo y tendido sobre la felicidad. «Descubrí entonces que aquello que él consideraba una vida feliz tenía muy poco que ver con lo que yo

entendía por felicidad. Él había vivido para todos menos para él y para su familia. Yo, perteneciente a otra generación, había crecido con otras expectativas», explica. Entre ambos, sin embargo, encontró una coincidencia inesperada: el miedo a ser feliz.

«En nuestra parte del mundo, la felicidad es algo que llega muy raramente y existe la sensación de que, si la tienes, tienes que ser feliz intensamente en ese segundo porque desaparecerá por completo», asegura la escritora. «Siempre existe la sensación de que alguien necesariamente te va a robar esa felicidad. Esto es lo que nos pasó en Moldavia. Nos robaron nuestro dinero, nos robaron nuestro idioma, así que todo lo que nos



➔ hacía sentir seguros o felices hasta cierto punto nos fue robado». De ahí el título, que funciona menos como una consigna de autoayuda, bromea, que como una advertencia: «Cuando llegue la felicidad, disfrútala porque puede durar un instante y, sobre todo, prepárate para defenderla».

A Țibuleac le divierte que algunos lectores hayan interpretado de manera completamente distinta esas palabras. Un periodista joven llegó a preguntarle si había escrito un libro motivacional. «Me encantó esa pregunta, me alegró el día», recuerda entre risas. No lo es, claro. Es un libro sobre la fugacidad de la felicidad, pero también sobre las vidas que han aprendido a desconfiar de ella. Sobre el dolor, la culpa y las formas que encontramos para sobrevivir. En el centro está Mila, una mujer de 50 años que vive en París –ciudad a la que la autora se mudó en 2008–, antigua profesora universitaria en Moldavia, emigrante de la primera ola que abandonó su país después de la disolución de la Unión Soviética y que, como tantos otros intelectuales del Este, descubrió que en Occidente sus estudios y su profesión no garantizaban nada.

Cómo sobrevivir acaba siendo una de las claves de la novela. Mila trabaja en casas ajenas, cuida de desconocidos, bebe mucho, mantiene relaciones difíciles, juzga a los demás y también a sí misma. Puede ser a un tiempo egoísta, grosera, misógina, divertida, lúcida, vulnerable y capaz de hacer daño. La autora no busca que el lector la quiera por completo, al contrario. «No creo que sólo existan personas buenas o personas malas», opina. «No podría haber hecho a Mila diferente, porque estas no son personas que estén viviendo la mejor versión de sí mismas. Son personas que tienen que sobrevivir más que vivir toda su vida».

Por eso Mila tampoco es únicamente Mila. Țibuleac quiso convertirla en la representación de toda la gente que emigró del Este durante los años posteriores al derrumbe soviético buscando la vida que sus padres habían soñado para ellos. «Puedes hacer todo bien, estudiar, trabajar duro, estar dispuesto a expandir tu mente y aun así te puede ir mal en la vida», explica. «Mis inmigrantes, sus buenas o malas decisiones y las vidas que llevan son el resultado de la sociedad. En cualquier parte del mundo los migrantes son lo que se les permite ser, no lo que ellos querrían ser».

La paradoja es especialmente cruel, abunda, porque la generación anterior había luchado precisamente para que sus hijos pudieran vivir mejor. Su anterior novela, la descarnada y poética *El jardín de vidrio*, terminaba, recuerda, cuando parecían haberse conseguido todas aquellas cosas por las que se había luchado: la lengua, la independencia, el dinero, el trabajo, una vida nueva... pero la libertad llegó acompañada de una pobreza brutal y de una criminalidad que golpeó especialmente a la gente corriente. «La gente sencilla fue la primera en ser robada, violada, en perder sus posesiones a manos de las mafias surgidas tras el derrumbe», explica. «La generación de los padres había ganado aquello por lo que llevaba décadas luchando, pero estaba demasiado agotada para disfrutarlo. Y la siguiente recibió una promesa distinta: ahora sí podrían vivir. Pero tampoco sucedió», lamenta, tajante.



“La literatura puede recuperar una memoria silenciada, cierto, pero nunca debe convertirse en simple propaganda”

Mila es hija de esa contradicción. Su padre conoce París a través de los libros, de los escritores, de la cultura, de una imagen idealizada de Occidente. Ella llega allí para descubrir otra cosa. Él imagina que su hija está viviendo la vida que él soñó para ella; ella oculta que, en realidad, está viviendo mucho peor de lo que él imagina. «Mila quiere vivir mejor que su padre y el padre siente que todos sus esfuerzos finalmente están ahí para que Mila viva una buena vida, pero ella no puede. No puede soportar el salto entre sus aspiraciones y la realidad». Entre ambos se abre así un abismo que no es únicamente familiar, es el abismo entre dos generaciones que han conocido dos formas distintas de sacrificio y de fracaso.

El libro convierte esa experiencia migratoria en una historia íntima, pero también en el retrato de una transformación social que todavía tiene zonas de silencio. Muchos de los jóvenes que la escritora encuentra hoy en Chișinău desconocen lo

que sus padres vivieron durante aquellos años. «No les contaron a sus hijos que cuando eran niños no tenían nada que comer más que patatas», apunta. «No porque quisieran ocultar la verdad, sino porque aquellas humillaciones se habían convertido en vergüenza».

El padre de Mila no es un monstruo ni un maltratador, es un hombre ausente, alcohólico, poeta, periodista y escritor, alguien cuya inteligencia y sensibilidad admiran quienes tienen acceso a él, pero que no sabe estar para su hija como ella necesita. «Tiene una mente brillante, una forma interesante de ver el mundo y la vida, pero Mila no tiene acceso a ello. El padre es maravilloso para otras personas que tienen acceso a él, pero Mila es una niña que quiere que esté más en casa y él no puede darle eso». Ahí la novela se acerca más que nunca a la experiencia de su autora. «Mi padre se parece mucho al padre del libro», reconoce. Ella también creció escuchando que era brillante, que era un gran poeta, un buen periodista. «Tal vez eso me convirtió en la escritora que soy hoy, por eso en cierto modo soy esa niña del libro, porque tal vez al escribirlo, de alguna manera recuperé ciertas cosas que no tuve», confiesa.

No hay, sin embargo, voluntad de ajustar cuentas. La maternidad ha cambiado incluso la manera en que mira aquello que durante años reprochó a su padre. «Antes de tener hijos tenía más reproches hacia mi padre, pero ahora que soy madre empiezo a

entender algunas cosas. Es propio de la naturaleza humana no comprender algo profundamente hasta que uno se encuentra en la misma situación», reflexiona.

El padre de la novela muere sólo. El de Țibuleac también murió sin ella a su lado, aunque insiste en que el libro no reproduce exactamente su historia y que mantuvieron una buena relación, especialmente durante sus últimos años. La muerte en soledad pertenece, sobre todo, a una generación de padres cuyos hijos tuvieron que marcharse para poder vivir. Durante sus años de periodista, la autora llegó a hacer muchos reportajes sobre emigrantes moldavos que entraron a sus padres a distancia porque regresar podía poner en peligro su situación en Europa. «El padre de mi libro muere solo en nombre de muchos padres que han muerto solos. Una de las cargas de los padres de esa generación consistía en estar preparados para morir solos», zanja.

El alcohol pertenece también a esa herencia. Está en el padre, está en Mila y forma parte de una determinada cultura de la Europa del Este, pero Țibuleac conoce demasiado bien sus consecuencias como para romantizarlo. «En mi juventud era imposible ser escritor o periodista y no beber. Uno siente que cuando bebe es mejor, más inteligente, más genial». Ella quiere desmontar, precisamente, esa asociación entre alcohol y creación: «El alcoholismo es una enfermedad, no es un trance místico. Te quita más de lo que te da», sentencia.



La escritora moldava
Tatiana Țibuleac en su
última visita a Madrid.
ISABEL WAGEMANN

Del alcohol al dolor hay un paso que la novela tampoco evita. Țibuleac creció rodeada de personas marcadas por el hambre, la deportación y la humillación; sus abuelos fueron deportados al gulag de Siberia, donde nació su madre. «Crecí rodeada de personas que vivieron situaciones terribles, con tanto dolor, tanta humillación, tantas tragedias, viendo morir a sus hijos delante de sus ojos. Por eso la muerte no era lo peor». La frase explica también la violencia que atraviesa el libro, especialmente contra las mujeres, y la memoria de una sociedad en la que los golpes eran comunes. «La generación de mis abuelos siempre consideró aceptable que un marido golpear a su esposa o a sus hijos para disciplinarlos». Ahora todo ha cambiado, dice, «pero una cultura asentada durante generaciones no desaparece de un día para otro. Y los escritores debemos denunciarlo».

Igual que en sus otras dos novelas, la Historia es una música de fondo en *Cuando seas feliz, golpea tú primero*: la caída del comunismo, la pobreza y la criminalidad de los 90, la emigración... pero nunca toma forma de lección. «La literatura puede ser un punto de partida para recuperar una memoria silenciada», defiende con contundencia, «pero tenemos que ser responsables y no convertirla en propaganda». La guerra de Ucrania, dice, reforzó esa convicción: «No quiero que mis libros sean un instrumento de odio. Lo que me interesa es cómo la Historia termina entrando en una familia, en un cuerpo, en una conversación entre un padre y una hija».

Sin embargo, tras tres novelas atravesadas por esa geografía y ese pasado, Țibuleac empieza a sentir la necesidad de explorar otras cosas. «Me estoy haciendo mayor y empiezo a aburrirme de explicar que mis novelas no son puramente autobiográficas, de decirle a la gente cómo leerlas. Ahora me interesa escribir sobre sexo, amor, deseo, amistad, odio... todas esas emociones humanas que ya están en mis libros, pero sin que estén determinadas por las implicaciones de ser de X lugar. Y estoy en ello, a ver si lo consigo», concluye. ■



CUANDO SEAS FELIZ,
GOLPEA TÚ PRIMERO
TATIANA ȚIBULEAC
Trad. de Marian Ochoa
de Eribe. Impedimenta.
264 páginas. 21,50 €

EL LIBRO DE LA SEMANA

EL ULISES CENTROEUROPEO DE PETER HANDKE

El escritor cumple el anuncio que hizo en su discurso del Nobel y mezcla en esta historia sus temas recurrentes –el hermano ausente, el regreso lento, el paisaje como escritura y la épica de lo mínimo– con la ‘Odisea’ homérica

Por Marta Rebón

Cuando Peter Handke (Griffen, 1942) dio su discurso del Nobel, no pudo evitar referirse a su madre, Maria Siutz, tan presente en su obra, así como a los «sucesos inauditos» que ella le contaba en la niñez. Uno, decisivo, ocurrió a finales del verano de 1943. Gregor Siutz, el mayor de sus hermanos, volvía de permiso desde el frente de Crimea cuando, al bajar del autobús, se cruzó con el encargado de llevar las malas noticias de la guerra a la comarca. Este se dirigía a su casa y se ahorró el viaje, pues se lo comunico a él: Hans, el hermano menor, destinado en el frente septentrional ruso, había muerto. La familia recibió con júbilo al primogénito, que, incapaz de ser mensajero del dolor, calló. Quien era el más hogareño en tiempos de paz evitó su casa y vagó por las aldeas de Carintia, llorando desconsolado. Semanas después, también él cayó en combate. Handke no conoció a aquel tío, su padrino, pero de niño oía leer sus cartas del frente, que sonaban a literatura (fragmentos aparecen en *Siempre tormenta*), y a los 20 años escribió a su madre este sueño: él era su tío y vivía en sí mismo todo lo que a él le pasó.

En el discurso, Handke dijo que este recuerdo aún no se había convertido en literatura, que lo haría si el destino se lo concedía, e imaginó un título, *La segunda repetición*, un guiño a su novela de 1986, la travesía en solitario de Filip Kobal hacia Eslovenia tras el rastro de un hermano desaparecido, otro Gregor. *La balada del último cliente* es, finalmente, esa transposición narrativa: el tío muerto aparece como Gregor Werfer, que vuelve desde otro continente a su región natal para pasar una semana con los suyos y que llega sabiendo (lo ha leído en el móvil) que el benjamín, alistado en la Legión Extranjera, ha muerto en los trópicos, y se lo guarda para sí. En la cena solo cuenta de él, desplazando en el tiempo una confidencia verdadera, que ha conocido por primera vez el amor. Luego esquivla la compañía de los suyos: deambula por las calles, se extravía en el bosque, duerme en el cráter de una bomba de la última guerra o en el cuarto trasero de una

vieja fonda, y aspira cada noche a ser el último cliente.

¿Es Gregor un Ulises centroeuropeo? El epígrafe, del canto XX de la *Odisea*, es la pregunta del héroe por un refugio. Al bajar del autobús, Gregor desea que alguien lo reconozca, del modo que sea, aun para desenmascararlo. Nadie lo hace. Solo se le acerca un perro vagabundo, que lo sigue y, cuando él le sostiene la mirada, aúlla y se aleja. Como Argos en Ítaca, es el único que parece reconocerlo. Pero el regreso está invertido: quien llega mendigando una mirada pasa la semana rehuyendo la de su familia, porque ser reconocido por ella le obligaría a decir la verdad. El libro lee a Homero como un arte del aplazamiento. «A veces, cuando Ulises está solo, empieza a narrar, y a quién narra? A su propio corazón», anota Gregor.

La balada del último cliente se lee como una última variación *handkiana* sobre sus motivos recurrentes: el hermano ausente, el regreso lento, el paisaje como escritura, la anotación y la épica de lo mínimo reaparecen con otra cara, pero reconocibles. La morosidad, los incisos y la ausencia de una intriga convencional no son rasgos nuevos en él, véanse *La ladrona de fruta* o *Mi año en la bahía de nadie*. Aquí no estorban, porque el relato tarda en decir lo que Gregor tarda en decir, y quien acepta ese ritmo descubre en el aplazamiento una forma particular del duelo, y es en los extravíos deliberados de Gregor donde alcanza sus momentos de revelación.

Con este libro, Handke ha cumplido lo que anunció en Estocolmo. En él, están presentes el hermano inventado y el tío real, aquel soldado que lloraba de pueblo en pueblo, y su llanto, ese que según la madre no cesó nunca, resuena en estas páginas. ■



LA BALADA DEL
ÚLTIMO CLIENTE
PETER HANDKE
Trad. de Carlos Fortea.
Alianza. 160 páginas.
17,95 € Ebook: 13,99 €

beon.
ENTERTAINMENT

TEATRO
MARQUINA

Dario Regattieri e Iván Macías presentan

La cena de los idiotas

Basado en la obra original de Francis Veber

Con la adaptación y dirección de YULIANA

EL MUSICAL

-20%
PREVENTA
EN FUNCIONES SELECCIONADAS